

rafinas no pueden poner en juego; con una cubren su rostro, para dar así á entender que Dios es infinito y superior al alcance de su comprension; con la otra cubren sus piés como si quisieran expresar que no pueden hacer nada digno de la grandeza y majestad del Altísimo. El amor, en su consecuencia, solamente conserva las dos alas de la complacencia y benevolencia, las cuales emplea para remontarse hasta el seno de Dios, para anegarse y engolfarse más y más profundamente en el abismo insondable de las infinitas perfecciones divinas». (1)

¡Oh Señor dulcísimo! ¿Por qué pensamos en cualquier cosa ménos en esto? ¿por qué el mundo no nos parece siempre miserable como ahora, y la vida una carga pesada y la muerte una ganancia? ¿por qué nuestro corazon corre tras otros objetos que no son el pensamiento en Dios? ¿por qué no sois nuestra única dulzura, Vos que, como ya hemos experimentado, sois la misma dulzura por excelencia? ¿por qué no sois nuestro único descanso, nuestra recreacion más querida, siendo nuestro Padre, nuestro Hermano y nuestro Dios? ¿por qué no os apiadais de nuestro desamparo? ¿por qué no nos

(1) Amour de Dieu.—lib. V.—cap. XII.

tocais con vuestro fuego y nos haceis serviros por puro amor? ¡Ah, Jesús mio, razon tendríamos para quejarnos de Vos, si siendo tan amable, no nos dierais amor!

CAPÍTULO III.

PURGATORIO.

Consideraciones sobre el infierno. — Rosignoli. — El mundo visible y el mundo espiritual. — Comunión de los Santos. — Dos vistas del purgatorio. — Sinopsis del Tratado de Santa Catalina de Génova. — Unión de las dos vistas. — Lecciones instructivas sobre nuestro propio aprovechamiento espiritual y bien de las ánimas del purgatorio. — Excelencias y prerogativas de la devoción por las almas benditas. — 1.^a Es el centro de todas las devociones. — 2.^a Implica todas las obras de misericordia. — 3.^a Es un ejercicio de las tres virtudes teologales. — 4.^a Obra efectos maravillosos sobre la vida espiritual. — Medios de practicarla. — Historia de María Denise de Martignat. — Angustias de los corazones generosos y compasivos. — Descripción que Dios hace de sí mismo como de un pobre inválido. — Carácter doctrinal y grandezas de semejante devoción. — Canción melodiosa del Sagrado Corazón de Jesús.

SECCION I.

Consideraciones sobre el infierno.

Es increíble cuán querida no llega á ser la gloria de Dios á aquellos que están continuamente afanándose por andar en busca suya;

y las mismas indagaciones que practican para ver de dar con ella, proveenles de nuevos sentidos con que pueden hallar semejante perla preciosa, al propio tiempo que el amor, el cual diariamente está aumentando en su corazón, aguja cada vez más su discernimiento. «La tierra está llena de vuestra gloria:» — ¡qué gozo para un corazón amante! Pero no basta que el cielo esté anegado y la tierra inundada de la gloria divina, sino que deberíamos suspirar por que no hubiese rincón alguno de la creación que no esté lleno de tan rico tesoro. Sin embargo, existe un lugar dónde parece que se ve defraudada la gloria divina; un lugar desde el cual no se eleva al trono del cielo ningún lamento de oración, ni gozo de alabanza, ni bendición de gracias, ni aspiración de deseo; cuyo lugar es la mansión de aquellos que, habiendo comparecido en juicio, perdieron su causa y con ella á Dios por toda la eternidad: allí se encuentran gracias que no produjeron fruto, ó cuyos frutos llegaron á podrirse en el árbol: allí existen Sacramentos que no han obrado bien alguno: allí la Cruz ha sido una locura: allí se ha opuesto una eficaz resistencia y conculcado barbaramente los amorosos designios de la Providencia divina. Con todo eso, es

de fé que es inmensa la mies de gloria que Dios recoge en aquella mansion de tinieblas; porque el alma condenada es un homenaje necesario á la justicia del Altísimo, como el alma convertida un homenaje libre á su amor. Ni Jesús se ve allí defraudado en sus intereses, pues aunque las penas son espantosas y aun intolerable el simple pensamiento en semejantes tormentos, todavía no igualan al suplicio que se merece la culpa, ni alcanzan á llenar la justa medida del castigo; y esta desproporcion es un beneficio de la misericordia del Redentor: en alguna manera puede decirse que aun hasta allí se ha extendido la eficacia de la Preciosa Sangre. Tampoco deja de producir aquella horrible morada resultados muy gloriosos en la salvacion de muchas almas, por el temor santo y saludable que infunde en ellas, y las vagas y ruines nociones de Dios que rectifica en el ánimo de las personas irreflexivas. Habiendo nuestro Señor hecho ver á Sor Francisca del Santísimo Sacramento, religiosa carmelita descalza, la condenacion de un alma, y obligándola repetidas veces por medio de una vision á estudiar particularmente cada uno de los tormentos del infierno, la reconvinó por sus sollozos, diciéndola:—«Francisca, ¿por qué lloras?» Postróse de hinojos la

sierva de Dios á sus sagrados piés, y le contestó:—«Señor, lloro por la condenacion de aquella alma, y por la manera cómo se ha acarreado semejante desventura.»—«Hija mía, la replicó entónces su divina Majestad, así se lo ha querido; Yo la enriquecí con innumerables auxilios de gracia para que alcanzase su salvacion, mas no ha querido aprovecharse de ellos. Estoy complacido de tu compasion, pero preferiría que adorases mi justicia.» En otra ocasion, viéndose obligada á fijar los ojos de la consideracion en los tormentos de los condenados, dijéronla los Ángeles:—«Francisca, procura con ahinco alcanzar el santo temor de Dios.» ¿Quién no sabe que en la hora presente se hallan en la gloria del cielo millares y millares de almas que jamas se habrian encontrado allí si no hubiese existido el infierno? ¡Oh qué reconvencion no es esta para los corazones privados del amor! Mas, al fin, como quiera que sea, la Cruz de Jesucristo no ha tenido sobre la tierra ningun otro auxiliar más poderoso que el fuego espantoso del infierno.

En efecto, aprovéchanos grandemente el pensar algunas veces en aquella horrible mansion de llanto sempiterno. Así como es innegable que la hermosa Francia se extiende á lo largo del

Canal de la Mancha; así como es una verdad evidente que el sol baña con sus luminosos rayos las blancas murallas, los magníficos puentes, los deliciosos jardines y los varios palacios llenos de recuerdos históricos de su hermosa capital; así como es cierto que se hallan millares y millares de hombres y mujeres en aquella populosa ciudad viviendo realmente y llenando cada cual los respectivos deberes que su estado les impone,—así es igualmente verdadero que existe un lugar llamado infierno, todo animado en la hora presente de seres desgraciados que están viviendo una vida agobiada con una muchedumbre de agonías y con las innumerables gradaciones de la desesperación: á excepción de los bienaventurados del cielo, ninguno tiene una conciencia tan viva de su vida como esos millones de almas condenadas. ¡Y no es imposible que nosotros vayamos también al infierno! ¡y no es imposible que hayamos ya enviado allá alguno de nuestros prójimos! Cuando recorremos las calles, no raras veces veremos á aquellos sujetos que habitarán un día esa mansion de llanto sempiterno; algunos se encuentran ahora allí, que no estaban hace una hora; otros, que en este momento están en el campo, en populosas ciudades, en muelles y blandos lechos ó sobre las

claras aguas de los mares, acaso una hora después habrán sido trasladados á aquellas mazmorras tenebrosas: esta es una verdad espantosa é incontrastable.

¡Pero si aun hay más! ¡Si ha habido un día en que, á haber muerto, hubiésemos ido al infierno! ¡si en este momento se encuentran en él jovencitos y tiernas doncellas quienes pecaron ménos que nosotros y aun quizá una sola vez, mientras que nosotros hemos cometido millares de culpas mortales! ¡Ay! ¡que todavía existen otros motivos más para confundirnos! ¿Cuánto tiempo hubiéramos perseverado en el servicio de Dios, si nos hubiesen asegurado que no existía el infierno? ¿habríamos abandonado nuestras culpas á no haber sido por miedo á esa morada de tormento perdurable? ¿Cómo se explica sino el extraño fenómeno de vivir alegres y llenos de ilusiones, al propio tiempo que, con todas las facultades de nuestra alma y todos los miembros y sentidos del cuerpo, estamos trabajando y desvelándonos noche y día por adquirir un título y derecho á todas las penas que padecen los infelices condenados? A la manera que los vapores, elevándose de la superficie del mar estéril, donde el grano no puede crecer ni la vid producir fruto alguno, forman

las nubes que, resolviéndose despues en benéficas lluvias, caen y fertilizan los valles y collados; así tambien, de aquellos inmensos mares de fuego y maldicion, levántase la Compasion divina como una niebla, y formando una especie de nube, se resuelve despues en lluvia espiritual que derrama torrentes de gracia sobre las almas de los vivos. Ninguno aparte jamas la vista del infierno, no sea caso que, poco á poco y muy insensiblemente, brote y crezca dentro de su corazon una buena opinion de si mismo, la cual acabe al fin por precipitarle en aquella horrible morada. Útil es, pues, grandemente útil el pensar en el infierno y en aquel misericordioso prodigio de no encontrarnos en él á la hora presente. ¡No! no os asusteis: lo que estais viendo es, en efecto, la blanca luz que el sol envia á la tierra; no temais: ese ruido es el viento que azota las ramas del bosque vecino; estad seguros: vuestros ojos no os engañan, que realmente aquellos objetos son las torres de la villa que están durmiendo al sereno de la noche; calmaos: pues todo al presente se halla en perfecto reposo, todo es paz; nosotros nos encontramos aquí, y vivimos libres; ¡mas tuvimos bien merecido el haber sido trasladados allí, y hechos esclavos!

Pero si nos consagramos á buscar y procurar la gloria de Dios, haciendo de ella nuestra única ocupacion en la tierra, ¿será preciso que bajemos al infierno, y que aprendamos allí á regocijarnos en aquellos pavorosos atributos divinos que se aplacan con tan espantoso sacrificio? ¡No! gracias á Dios, semejante ejercicio no forma parte de nuestra devocion: nosotros somos criaturas de esperanza y de amor; nosotros tenemos que acudir allí donde la gloria de Dios nos sea posible hallarla, allí donde podamos servirla y fomentar sus intereses; ó si nos remontamos á la esfera de lo imposible, es únicamente porque nos ha llevado el amor en alas del silencio elocuente de un deseo pueril y extravagante: nada en su consecuencia tenemos que ver con el infierno. Hemos visto, ciertamente, que de nuestros tres objetos: la gloria de Dios, los intereses de Jesús y la salvacion de las almas, los dos primeros pueden hallarse tambien en aquella mansion de llanto sempiterno, pero no en las circunstancias que nos conciernen; y por lo mismo, las consideraciones sobre semejante morada no son necesarias para el plan que estoy desenvolviendo: bástanos á nosotros saber que existe el infierno; que en la hora presente se encuentra lleno de almas; que continuamente están

descendiendo muchas otras mas; que son horribles las espantosas ocupaciones en que se emplean; que no hay ninguno de entre nosotros que no esté corriendo riesgo de habitar aquella mansion de tormentos, ó al ménos que no se vea en la posibilidad de que semejante morada sea su herencia y posesion perdurables. Quienes sirven á Jesús por amor, no olvidan por eso estas verdades; al contrario, precisamente la grandeza de su amor es la que más contribuye á recordárselas.

SECCION II.

Devocion por los pecadores y almas benditas del purgatorio.

Mas si bien por la misericordia divina nos vemos libres de la obligacion de bajar al infierno, para buscar y promover allí los intereses de Jesús, está muy léjos de sucedernos lo mismo respecto al purgatorio. Si el cielo y la tierra están llenos de la gloria de Dios, de la misma manera acontece con aquella region trisísima, pero grandemente interesante del purgatorio, donde los prisioneros de la esperanza, por la amorosa justicia de su Salvador, se ven

privados de la bienaventuranza eterna; y si en mano nuestra está el promover los intereses de Jesús en la tierra y en el cielo, casi me atreveria á decir que podemos fomentarlos aun con mayor fruto en el purgatorio. Lo que yo en la presente obrita estoy esforzándome por demostraros es que podeis servir á Dios con las oraciones y prácticas de devocion, cualesquiera que sean vuestra ocupacion y empleo, cuyos ejercicios todos tienen una especial aplicacion al purgatorio; pues si bien algunos teólogos sostienen que no es infalible el efecto de la oracion en sufragio de las ánimas benditas á pesar de no oponer ningun obstáculo, sin embargo, es mucho más seguro que el efecto de la oracion ofrecida por la conversion de los pecadores que viven en la tierra, donde con tanta frecuencia queda defraudada por su perversidad y malas disposiciones. De cualquier modo que sea, el objeto que me he propuesto hasta aquí en la presente obrita, no ha sido otro más que el demostrar cómo cada uno de nosotros sin pretender ejercitarse en obras que excedan la eficacia de nuestra gracia, sin aquellas mortificaciones para las cuales no tenemos valor bastante, sin aquellos dones sobrenaturales sobre los que no poseemos ningun